

parte donde dice que visita Dios al hombre de mañana, y le prueba y castiga súbitamente, está el mismo vocablo en el descanso. Resucitó la otra fitonisa ó hechicera á Samuel, por mandado de Saul, y dijóle en resucitando: ¿Por qué me inquietaste, haciendo que me resucitasen? Pues ¿cómo el alma en el limbo y el cuerpo en la sepultura no desean resucitar? En parte gustan de estar allí descansando de tantos trabajos de la vida. De manera que, aunque la muerte del justo no fuera entrada de su gloria, bastábale para ser dichosa medicina lo que san Juan dice que le mandaron escribir, que de aquí adelante, esto es, desde la hora que muere el justo en el Señor, dice el Espíritu Santo que descansan de sus trabajos. Cuanto mas que, allende de ser fin de males de alma y del cuerpo, es tambien principio de todos los bienes, porque es la que nos mete en posesion de la bienaventuranza. Fácilmente se consuela el hijo mayorazgo, que andaba en desgracia de su padre á pleitos por los alimentos, arrastrado y trampeando cuando se muere su padre, porque entonces entra en posesion del mayorazgo. Así el bueno perseguido, sin alimentos, con trabajos y necesidades, ¿qué otro consuelo ni remedio puede tener sino la muerte, para entrar á gozar del mayorazgo del cielo?

Pues si el destierro del paraíso, si el acibar de los contentos, si los dolores y los sudores, si los trabajos, todos cuantos hay en la vida, que son ministros y mensajeros de la muerte misma, son medicina de nuestros males, y ella los acaba y comienza los bienes; respondido sea está el por qué, siendo Dios padre piadoso y amigo de los hijos de los hombres; dado por contento de la paga de su ofensa por su Hijo, nos deja en esta vida con trabajos y de la manera que en el discurso pasado queda dicho, él mismo nos los envía, pues con ellos mismos nos libra dellos, y nos cabe mas bien con estos males que si nos librara dellos. Esta sea pues la primera razon y mas general; las demás serán mas particulares, que nos digan los fines de Dios mas particulares y mas repartidos.

§. II.

De otra razon por que envía Dios trabajos á los hombres.

No se contenta la bondad de Dios con comunicarnos su gloria, con que el mismo de su cosecha es bienaventurado, y aquel reino sin fin, cuyo descanso y bienaventuranza no cayó jamás en pensamiento criado, donde quiere que cada uno sea rey, sin que el serlo estorbe á los demás, sino que se goce con mas gusto y contento, y sea del que lo goza mas estimado, como lo es el que un rey ganó á punta de lanza y por fuerza de armas, mas que el que posee por herencia y sucesion de sus pasados; y este bien hace Dios á los hombres cuando les envía trabajos y ofrece ocasiones de pelear, aunque las fuerzas, armas y municiones con que este reino se ha de conquistar todas vienen de su mano; lo cual declara san Juan Crisóstomo, comparándole al rey que quiere que su hijo, aunque sea mocho, vaya á la guerra con él, y salga y pelee y sea visto en el real, y por otra parte el padre gobierna la guerra y hace la costadella, solo á fin de hacer al hijo compañero suyo en el triunfo. Bien pudiera Dios darnos este reino y bien-

aventuranza sin méritos; pero quiso que no careciésemos deste gusto de haberle ganado peleando; lo cual el Redentor mismo nos notificó en su Evangelio, cuando dijo que el reino de los cielos por fuerza de armas ha de ser conquistado, y que los valientes y esforzados se lo arrebatan, y los que con mas violencia le conquistaren, su trabajo les ha de costar, y las armas ha de tomar el que quisiere reinar en él. Esta pelea se ha de hacer con nosotros mismos, á lo menos sin esta no se puede alcanzar el reino. Porque, como san Ambrosio dice: Acometemos este reino, no con espadas, palos ni piedras, sino con mansedumbre, buenas obras y castidad. Estas son las armas de nuestra fe con que peleamos en este asalto; pero para poder usar bien dellas, para hacer esta fuerza al cielo, primero es necesario hacella á nuestros cuerpos y vencer los vicios de nuestra carne, para alcanzar el premio de las virtudes; porque primero hemos de reinar en nosotros para alcanzar el reino del Salvador. Hasta aquí son palabras de san Ambrosio. Así que, por pelea se ha de haber este reino, y esta se ha de hacer primero á nosotros mismos; así lo decia y hacia san Pablo: Yo corro este camino no sin saber donde voy; peleo no como quien azota el aire, que, como san Augustin dice, declarando estas palabras: Bien sabia san Pablo que peleaba con el demonio; que así lo dice él en otra parte: No luchamos con carne y sangre sino con los príncipes destas tinieblas; pues dice agora: Cuando peleo no tiro los golpes al demonio, que, como no tiene cuerpo, dirá alguno que ando azotando el aire. Esto es, no me contento con querer mal al demonio, ni con decir mal dél, ni con borrarle la cara cuando le hallo pintado, sino doy los golpes en mi propia carne, castigo mi cuerpo y hágole servir con sujecion; lo cual aprendió el santo Apóstol de su Maestro, que, como el mismo Apóstol dice en otra parte: Triunfó del demonio y sacóle á la vergüenza, afrentándole públicamente, matando en sí mismo, en su propia persona, las enemistades. De aquí es que no te ha de parecer á tí, que pretendes y conquistas este reino, que, por haber de padecer te cuesta caro, pues no lo suele ser la mercadería que el mercader que la vende jura que le costó lo que pide por ella; pues Cristo puede jurar que le costó mas á él, pues fueron azotes, afrentas, injurias, trabajos y muerte de Dios, cuando la compró para nosotros. Luego los golpes deste combate se han de dar en su propio cuerpo del que le hace; en lo cual se ve ser mas dificultosa pelea que la de los conquistadores de los reinos de la tierra, porque estas solo tienen trabajo en el caminar, sudar, el trasnochar, el cuidado de lo que conviene hacer, el menear las armas y recibir los golpes del enemigo; pero aquí sobre eso hay que los propios golpes que el conquistador diere han de caer y descargar en su propia persona; y esto es lo que san Ambrosio decia en las palabras arriba dichas. Y porque esta pelea ha de ser ordinaria, que, cuando menos pensamos, tocan al arma nuestros enemigos, es necesario andar siempre las armas á cuestras y con destreza de pelear; la cual se gana con el ejercicio del padecer, porque en la guerra cualquier descuido es muy dañoso y perjudicial. Por esto daba aquel famoso y valeroso capitán, Julio César, muchos sobresaltos y rebatos falsos á sus

soldados, haciéndoles encreyente unas veces que el enemigo estaba media legua y á punto de pelear, otras les publicaba rebato á media noche y á deshora, porque anduviesen siempre apercebidos; otras veces les mandaba tomar las azadas para hacer las trincheas, otras caminar; vez hubo que les hizo caminar trece leguas, con fama que le esperaba el enemigo, y llegados al puesto, decia: Huido nos han. Así, si nosotros nos apercebimos con ayunos extraordinarios, con romper la costumbre de los vicios, del jugar, de la conversacion y el gusto del hablar con personas sospechosas, seria de gran importancia para la pelea tan ardua y peligrosa como tenemos; pero Dios lo hace así con los hombres, porque cualquier descuido nos dañaria mucho; y vemos que las armas lucias y acecaladas se toman de orina si no las ejercitan; y se manca un caballo de estar mucho sin andar, y aun los hombres por falta de ejercicio pierden el andar y las fuerzas, por grandes que sean, como parece en las religiones, que hombres que entran en ellas de grandes fuerzas, si acaso no les cabe algun oficio en que las ejerciten, las pierden en poco tiempo; así nos quiere Dios tener ejercitados en pelear, porque al tiempo del menester no nos hallemos torpes. La ventaja que lleva, entre otras, el ardid de Dios al de César es, que los rebatos en que Dios nos pone no son falsos ni fingidos, ni tienen solo ese fin de ejercitarnos; sino que son verdaderos asaltos y pelea verdadera, donde se ejercita, no solo las fuerzas y el cuidado, sino tambien la paciencia; siempre se despierta el dormido, siempre se pelea y se gana, no tierra, como acá dicen, sino cielo, que es el que se conquista, y este es el intento de Dios.

En esta guerra habíamos, como el César hacia, y nuestro Dios con tanta ventaja hace, de sacar estas peleas de nuestro cuidado y voluntad, buscando y escogiendo las ocasiones, ejercitando las armas, inventando ardid para vencer á nuestros enemigos, mortificando cada hora nuestra carne, presentando nosotros la batalla, porque el acometer suele despertar el esfuerzo y coger al enemigo á veces desapercibido y con esta ventaja menos; pero, como somos los hombres flacos, amigos de nuestra carne, como san Pablo dice, que ninguno hay que aborrezca la suya, huimos los trabajos y aflicciones, y las virtudes por venir cargadas con ellos; y á esta cuenta muchos de nosotros nos pasáramos de buena gana sin el reino del cielo, por el contento desta vida y la poca estimacion que hacemos de la verdadera; fácilmente nos quedáramos desta parte del Jordan sin pasalle de esotra parte, por muchos bienes que allí se prometan; ¿cuánto mas habiéndose de conquistar con tan prolija y trabajosa pelea? Por eso nuestro Padre piadosísimo, Dios, provee que del cielo nos saquen desta pereza, y de allí vengán los trabajos que no buscamos ni preciamos, con los cuales, bien padecidos, conquistemos este reino; de que le habíamos de dar gracias infinitas y alabanzas, como el enfermo necesitado de perder una pierna ó brazo, porque su mano naturalmente huye de cortarse la parte enferma y cáncrada, agradece y aun se lo paga al cirujano que le ata y le corta, aunque con gran dolor, el brazo ó pierna. De manera que con los trabajos conquistamos el reino y vencemos

los enemigos, cuando de nuestra voluntad los tomamos; y si no, cuando con igual ánimo los padecemos; lo cual es á las veces y en parte mas seguro, porque cesa la sospecha de que padecemos en lo que por nuestra voluntad escogemos; y así, menos difíciles y trabajosas se sospecha que son, cual es todo lo que por propia voluntad se hace; y así, no tenemos en lo voluntario la seguridad que en los trabajos que Dios nos envía, ni de la prontitud de ánimo para padecer por Dios todo lo que él quisiere, tendríamos tanta experiencia y certidumbre.

DISCURSO V.

De otra razon por que envía Dios trabajos al hombre, que es el amor celoso que tiene á quien los envía.

Quando un amador llega á tener celos de lo que ama, es argumento de su grande y encarecido amor; y no hay amor en las criaturas que pueda compararse con el que Dios tiene á los hombres, de quien el apóstol Santiago, en su *Canonica*, dice que ama hasta tener celos; y mas claro lo dijo san Pablo cuando dice á los de Corinto: Esto os digo porque os amo con celos de Dios; lo cual dijo ó porque pedía los celos de parte de Dios, con quien espiritualmente los tenia desposados; como quien dice: No os pido celos del amor que me teneis á mí, sino del que debeis á Dios, con quien os tengo desposados; ó quiere decir, con celos de Dios, como él los suele tener, así los tengo yo con amor limpio y encarecido; de manera que pone san Pablo este afecto en Dios para nuestra manera de entender, como ponemos los demás; ira, enojo, cólera y penitencia para solo significarnos que hará Dios con los hombres lo que suelen ellos hacer cuando tienen estas pasiones, como vengarse los enojados, castigar, etc. Y si entre los hombres hay alguna ocasion de tener celos, que es el correrse un hombre que quiten dél el amor para ponerle en otro, y así le tengan en poco, aunque sea su igual y aun de menos calidad, y mucho mas cuando él en todo hace ventaja al nuevamente amado; mas razon tiene Dios, que es sumo bien, de correrse cuando le dejan por esa sombra de bien que el mismo puso en sus criaturas. Gran desvergüenza seria de una mujer, y mucha ocasion de enojo daria á un príncipe que la recuestase, si se enamorase del paje que lleva los recados y billetes de su amo, movida por unas calzas viejas que su amo le dió de las desechadas, y que en quitándose las quedaria desnudo y asqueroso. Esa vileza hace el alma que de cualquier criatura se enamora, que, cuanto en ella parece precioso ó hermoso, no es mas que un desecho de la riqueza y hermosura de Dios; el cual para eso se la dió y la envía con ese aderezo á recuestalla, para que vea y saque por su cuenta cuánto bien hay en Dios, pues aquello que ella precia salió de su mano, y nadie da lo que no tiene. Eso pretende cuando se nos pone delante un pajarito de mil colores, hermoso, alegre, cantando y gorjeando, que si le preguntais: Ven acá, avecita, ¿quién te dió esa hermosura? Dirá: Diómela Dios, que me crió. ¿Quién te dió esa alegría y esa libertad? Dios me la dió. ¿Quién te sustenta? Dios, que es la hartura de todas las cosas, hasta las pequeñitas como yo. Eso

dice el cielo con su grandeza, eso el sol con su resplandor; eso dice el río cuando estáis á su ribera, considerando aquella perpetuidad de su corriente, la frescura del agua, la verdura de las riberas, la hartura de los campos, la variedad y condiciones de los animales, la hermosura de las flores, la verdura de las yerbas, el color del oro y de las piedras preciosas, y todo cuanto parece bien á los ojos mas codiciosos de los hombres, pues la hora que el alma se enamora, aunque sea de la mejor dellas, con injuria del amor de su Criador; ¿cuánta razon tendrá él de tener celos? Por eso mandaba en la ley que cuando quisiese un soldado casar con la cautiva, que primero la cortasen los cabellos y la desnudasen de los vestidos que le dieron sus padres, y llorase ella allí delante del que habia de ser su marido. Esto hacia Dios porque le pareciese fea y no se casase, que era cosa que Dios aborrecia el casarse ninguno de su pueblo fuera dél; y que si así le parecia casarse, se casase. Bien pudiera mandarle sin tanta ceremonia que no se casase con ella; pero quiso mandarlo por este término porque le saliese de voluntad; en figura de lo que vamos diciendo, que en esta peregrinacion y guerra en que vivimos, cuando nos aficionáremos á cosa temporal y quisiéremos casar con ella, que la desnudemos de todo lo que Dios le tiene dado, porque parezca su fealdad y poquedad; que, si bien la desnudamos, ninguna cosa quedará buena, sino quizá alguna mala y fea, que es el pecado, fealdades, afrentas y ocasiones de mal; y si así quisiéremos amarla, nos da licencia; no porque él lo quiera, mayormente para dejarle á él por ella, sino porque sin duda aborreceremos tan mal casamiento con tanto daño, y por significar nuestra libertad del alma con que nos crió para amarle ó dejarle; que su intencion y deseo no es otro sino el que, viviendo con nosotros en carne, nos dejó declarado y encargado que le demos todo el corazon, sin amar cosa ninguna, aunque sea padre ó madre, hermanos, hijos, mujer ó hacienda, mas que á él; antes lo dejemos todo por amarle mejor y mas desocupadamente á él; pues cuanto podemos amar sin él no es digno en sí que se ame, y todo lo que en las criaturas nos puede aficionar está en él con mas primor y perfeccion; y porque nuestro corazon es corto y angosto, y no suficiente para él, sino es porque no somos mas de como él nos crió, todo el corazon quiere, como por un profeta dice: La cama es angosta y no pueden caber dos; aludiendo á las adúlteras que fuera del legítimo marido admiten al amigo; lo cual, si el marido no quiere ó no puede sufrir, menos quiere Dios, que merece mejor la fidelidad de sus almas; y bien mirado, aunque nosotros no merezcamos la suya ni él tenga esa obligacion, pues eso es ser Dios, no tener á nadie ninguna; con todo eso, queremos á Dios de manera que, aunque nos dé riquezas y bienes de la tierra y aun el mismo cielo, y nos haga señores dél y de los ángeles, no se contentaria el alma si no le diese á sí mismo; y así lo hace él: ni estorba ni embaraza, ni agravia á este su amor el comunicarse á muchos, porque es infinito bien y hay para todos, aunque sean tambien infinitos, sin que se estorben unos á otros, antes se ayudan á gozarle cada uno mas, en cuya significacion se convidan unos á otros en la tierra con la bienaventuranza.

Pues agora queda clara la razon que este discurso pretende declarar; porque Dios envia trabajos á los hombres, que es los celos que tiene de su amor, que son los efectos que hay en Dios, correspondientes á los que hacen los celos en los hombres; lo que hace pues el que los tiene es matar la mujer y el adúltero cuando los halla juntos; pues eso hace Dios. Y si el hombre quiere mucho á la mujer, mátele á él, y á ella perdona y escarmienta; pero tanto puede ser el enojo, ó tantas veces ella perdonada, que la mate á ella sola. Así hace Dios, que muchas veces mata al hombre y destruye lo que ama; y otras toma tanto enojo con el alma, que á sola ella mata, como hizo á aquel rico loco, de quien dice el Evangelio que se requebraba con sus talegones, trojes de trigo y bodegas de vino: Alma mia, alégrate, come y bebe, huelga y brinda á tu placer, que tienes con qué para muchos años; y oyó al punto una voz que le dijo: Necio, ah necio, ¿qué cuentas son esas sin el dueño? Esta noche te quitarán la vida, veamos quién gozará de lo que has allegado. Aquí parece cómo mató al poseedor, que es la esposa, y dejó los bienes para que con otro los gozase, como cada dia vemos gozar los extraños los que con tanto afán y á tanta costa de su alma allegan los ricos, como lo lamenta por uno de los mayores desastres del mundo el Sabio en el *Eclesiastes*, diciendo que, andando tomando el pulso á todas las cosas del mundo, vió una muy trabajosa y muy usada entre los hombres; que haya hombres á quien Dios ha dado riquezas, hacienda y honra, sin faltar cosa á su deseo de cuantas puede pedir, y que no tenga ánimo ni poder para comer destos bienes ni gozállos, sino que un extraño lo venga todo á engullir, para que entienda que lo que él en muchos años allega con tanto cuidado y espacio lo gastará otro superfluamente muy apriesa; que es significado por aquel vocablo de engullir. Y así concluye: Y esto es vanidad y grande miseria. Esto mismo hace Dios con aquel rico y con el alma que le deja cuando se enoja; pero lo mas ordinario es guardar el alma, y perdonarla muchas veces y escarmientarla, pues la redimió y compró por su preciosa sangre, y la limpió y la recogió, habiéndola hallado echada á mal; y él se precia deste estilo y condicion cuando dice por Jeremías: Cosa cierta es, y que nadie, por vulgar que sea, hay que lo ignore, que no hay hombre tan vil y de poca honra que perdona á su mujer cuando la halla cometiéndole traicion; pero esto dice el Señor al alma traidora y adúltera: A ti te he yo tomado á manos con muchos adúlteros; pero vuélvete á mí que yo te acogeré. ¡Oh gran clemencia de tan gran Señor! Esto dice Dios al alma traidora; pero al adúltero mátele, que es quitarnos aquello que mas amamos, y por ello le dejamos. Y de aqui es el quitarte el hijo ó el marido ó la hacienda, que mas amas que á él; lo mesmo la honra, el deleite y el oficio, y por eso viene el trabajo y adversidad con daño de alguna destas cosas ó de todas. Así lo hace el buen hortolano con el árbol, que, porque suba la virtud á lo alto dél, le corta los hijos ó renuevos, tan verdes, frescos y hermosos, que se vienen á los ojos; porque estorban y se llevan lo mejor del árbol; así quita Dios el hijo que parece hermoso, virtuoso y amable, el marido, la hacienda y lo demás, porque suba arriba tu amor; y si

dijeres que no te acuerdas haber ofendido á Dios con esa ocasion, entonces lo hace porque no lo sea ninguna cosa destas para dejalle á él, si no lo ha sido; y cuando ni aun desto hay temor es para que entiendas cuán frágil es eso que los hombres estiman; y cuán poderoso es Dios, pues puede quitarlo y desaparecello, y de ahí entiendas cuánto mas firme y seguro es poner tu amor en Dios que en la criatura, y con esto resistas y respondas á las tentaciones que lo contrario te quisieren persuadir; á la manera del que pretende los amores de una dama, que con palabras y con su capa y espada procura que entienda ella que en linaje, riqueza, valor y valentía hace ventaja á su competidor; y cuando ve que no aprovecha con menos que quitalle la vida, se la quita, para que con eso se pierda el cuidado del muerto y se estime el valor del vivo.

Pues esta es la causa destos nuestros males, el amor celoso de nuestro Dios, que, no solo cuando hemos ofendido á su grandeza con demasiado amor de alguna criatura, pero cuando podriamos ofendelle, tiene este cuidado por no verse ofendido, y á nosotros perdidos y léjos de su amor. Y así como el celoso de su esposa, que mucho quiere, no solo se ofende y anda con cuidado cuando ve en casa el adúltero, pero cuando ve el billete y la que trae el recaudo, y el paje que le lleva, y el ir y venir della á la ventana, se recela, y lo remedia excusando recaudos, despidiendo el paje, cerrando ventanas, y con otros semejantes recatos; así hace Dios por el alma que cela, que toda ocasion le quita de delante. Por eso dió la enfermedad al siervo del Centurion, porque el texto dice, que le amaba su amo mucho. A Adán le quitó luego á Abel, á Abraham le manda sacrificar á su hijo, á Jacob le dilata á Raquel, y le hace esperar catorce años, porque la amaba mucho. Todos estos son celos por excusar pecados; al bueno porque no le deje, y al malo porque se venga á él. Lo del bueno dice san Pablo en dos partes: en la una dice que pensemos y repensemos en los trabajos que Cristo padeció por nosotros, para que no nos congojemos con los nuestros y enflaquezcamos, y parezca que son muchos y grandes, pues que no hemos resistido hasta derramar sangre en la pelea contra los pecados. En el otro lugar dice que le entregó Dios á un ángel de Satanás, que le diese bofetadas, esto es, que afrentosamente le persiguiese, porque no viniese á engreírse con la grandeza de las revelaciones. De lo segundo de los malos dirémos en el discurso siguiente; pero conviene advertir aquí que, así como el bien de la tierra no lo es en comparacion del bien, que es Dios; así los celos de los hombres no llegan con mucha parte á los suyos y á la ejecucion del remedio dellos. Si un hombre fuese tan celoso de su esposa, que, no solo de las ocasiones claras se recelase, ni de la gente extraña de su casa, pero tuviese celos de su mesma madre de la desposada, aunque fuese de mucha honra y virtud, de quien ella ha recibido toda la modestia, recogimiento, vergüenza, virtud y honestidad, y todo el bien que tiene; este hombre ¿no seria celosísimo? Si por cierto. ¿Cómo que de su mesma madre, cuya compañía suele ser el remedio de los celos, con su presencia, con su autoridad, con su amor y buen respecto, venga agora á tener de sola ella celos? ¿De

quién no los tendrá este hombre? Pues aquí llegan, y aun de aquí pasan los de Dios; que lo que por otra parte parece bueno, lícito y santo y loable, tiene por otra parte celos dello, porque sus ojos son agudísimos y su amor extremadísimo. ¿Qué cosa mas loable que la presencia de Jesucristo nuestro Señor con los apóstoles? Erales mas que padre y madre; el les enseñó con doctrina y ejemplo lo bueno que tenían, la humildad, la modestia, la abstinencia, la caridad, la paciencia, el predicar, el hacer milagros, el amor de Dios y del prójimo; y se lo mereció todo en la cruz á tanta costa, y lo conservaba con su santa presencia; lo cual él dijo claramente á los fariseos, que le preguntaban cómo sus discípulos no ayunaban, ayunando los de san Juan; á los cuales respondió, dándoles dos razones. La primera fué: No es necesario que los hijos del Esposo ayunen, mientras con ellos estuviere el Esposo; en quitándosele de delante entonces ayunarán; que quiere decir, segun la exposicion del bienaventurado santo Tomas: El ayuno se ordenó para mortificar las pasiones y macerar la carne y sujetarla al espíritu, y hacer á un hombre espiritual y agradable á Dios, modesto, humilde, callado, devoto, caritativo, sufrido, etc. Todas estas cosas, mejor las obra en ellos mi presencia corporal que el ayuno. Porque era de tanta virtud y fuerza la presencia de Cristo, que causaba en quien trataba con él, cuanto era de su parte, todas estas gracias y virtudes; y así lo dice el mesmo Señor, rogando por los discípulos á su eterno Padre: Padre mio, el tiempo que yo he estado con ellos yo los he guardado; agora, que me voy á vos y me parto dellos, guardaldos de todo mal. Y claro está que hablaba de la presencia y partida cuanto á la humanidad; porque en cuanto á Dios el padre tambien los guardaba, y el hijo los habia tambien de guardar, y segun Dios, no se partia dellos, y especialmente los encomienda hasta la venida del Espíritu Santo, que les dió fuerzas y los confirmó en su gracia. Pues dice agora el Señor á los fariseos: Mientras el Esposo está con ellos no tienen para qué ayunar, porque todo lo que el ayuno habia de hacer en ellos, hace la presencia del Esposo; cuando se van sin él, entonces ayunarán; pero Juan el Bautista no tiene esta virtud; por eso ayunen sus discípulos. Y así fué, que en subiendo el Señor á los cielos, comenzaron con frecuentacion los ayunos, abstinencias, penitencias y trabajos de los apóstoles. Entonces para todos los fieles se comenzó la cuaresma, los ayunos, no solos los eclesiásticos, sino los naturales tambien; entonces los yermos, las peregrinaciones, etc. Pues agora con tener los apóstoles esta presencia del Señor de tanta virtud, no bajara el Espíritu Santo, que es infinito amor de Dios sobre ellos, si Cristo en cuanto hombre no se ausentara; como el mesmo lo dijo: Si yo no me fuere, no vendrá á vosotros el consolador; conviéneos luego que yo me vaya. Así declaran todos los santos doctores este lugar. Pues si la persona de Cristo en carne era estorbo para venir en ellos el Espíritu Santo, con haber aderezado sus almas para que fuesen capaces de su venida, y habérles enseñado toda virtud y perfeccion por tiempo de tres años, y habérsela merecido por su sagrada pasion, y de habérsela conservado con la misma presencia corporal que agora les quitan, con todo eso,

tiene celos della, celosísimo debe de ser. Y el secreto dello era, porque estaban aficionados demasiado á estar con Cristo en carne, de suerte que la demasia consistia que no pasaban adelante ni subian al cielo con sus deseos. ¿Qué será del que por cosas viles y de poco precio; qué será del que por cosas torpes y sucias, se detiene en este mundo sin pensar en el otro, olvidando á Dios y á sus infinitos bienes? Y pues al cabo no fué aquello género de encarecimiento, sino que en realidad de verdad les quitaron de delante aquella limpísima presencia de su Maestro; no se espante nadie que á los hombres, por su bien y provecho, se les quiten de delante unas cosas tan viles y de poco momento como son haciendas, honras, oficios, hijos y aun salud y vida, cuando son ó pueden ser ocasion para que el corazón vano y miserable caiga en tanta ceguera, que por ellas deje á Dios, que se las dió, y puede y vale tanto mas que ellas, cuanto quien lo bueno tiene de su cosecha y por naturaleza, y ellas por cortísima participacion, porque no cupo en ellas otra mas cumplida; pues es oficio de buen amador, mayormente de padre y esposo. cual es Dios, encaminar al hijo ó al que ama á lo mejor y mas cierto y verdadero, aunque sea quitándole con desgusto lo que no lo es, ó no tanto; y así, la madre quita al inocente y bobito niño el cuchillo de las manos, que el tiene por dijecillo, aunque mas lágrimas derrame y gritos dé, porque sabe el peligro que corre en dejársele tener; y asimismo le quita la mala comida y el jarro de agua aunque perezca de sed, no teniendo cuenta con su gusto y deleite, sino con el peligro que el sabio médico dijo que corria.

DISCURSO VI.

De la razon por que envia Dios trabajos y adversidades á los malos.

Mucho entenece á un alma, que atenta la multitud de sus pecados, oye por sus oídos lo que con juramento afirma Dios, que él no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva; pero no para aquí su misericordia, sin cansarse á la puerta de la que no quiere convertirse ni vivir, llamando y rogando que le deje entrar y cenarán juntos; y que aunque ella ha de abrir y poner la mesa, pero que él ha de hacer la costa; y con ser esta merced tan inestimable, el andar de alma en alma rogando, haciendo fuerza á nuestro comedimiento, aunque no á nuestra voluntad, aunque la esfuerza; antes despedido, no se despide, porque sabe que no tenemos palabra de ángeles, sino que mientras los unos se ablandan acude á los otros; no solo siete, mas siete mil veces por innumerables caminos va y viene para negociar nuestras voluntades; y cuán importante es el negocio, tan grande es nuestro descuido. Con siete vueltas del pueblo cayeron los muros de Hiericó y eran piedras; y tantas como da Cristo, arca del Testamento, que son infinitas, para derribar esa voluntad de su mala determinacion, no aprovecha, y esto porque es libre y él dispone todas las cosas suavemente, segun su naturaleza. Al fuego manda que queme aunque no quiera, y otras veces que no queme cuando él quiere; pero á la voluntad, que quiera si quisiere. Lucha con Jacob toda la noche de su pertinacia, y como no le hace fuerza, no

le derriba, ni Jacob á Dios, por ser misericordia, á quien nunca derriba nuestra malicia ni le vence; mas tiéneselo él con nuestra voluntad, y hácele sudar y andar tantos caminos y aplicar tantos remedios para rendirla sin fuerza; y así, todo lo criado negocia la gana de nuestra voluntad. Y porque mas se descubra nuestra dureza, discurremos por los medios que pone Dios para ganarnos, y el orden dellos.

Lo primero, nos lleva por bien, haciéndonos innumerables beneficios; pues siendo nosotros pecadores, en lugar de azotes nos regala, en lugar de tormentos y infierno nos envia beneficios y abundancia de lo temporal para que el alma diga: Sirvamos á Dios, tan bueno y piadoso, que nos trata con tanto regalo; como decia el profeta Jeremías: Nunca dijeron en su corazón, temamos á Dios, nuestro Señor, que nos envia á sus tiempos las lluvias tempranas y tardías, y nos guarda para el agosto cada año colmados los panes; lo cual significa la ingratitud de los hombres, que es peor que la de las bestias, porque las fieras aun sienten el beneficio que se les hace, y con él se amansan y se hacen tratables. Un leon, ferocísimo animal, se burla y juega con el leonero; y asimismo el oso se torna manso con el que le da de comer, con ser tan indómita bestia; el elefante va hecho un cordero á la voluntad del que va en él caballero; y así son todas las bestias, por feroces que sean; solo el hombre se empeora con los beneficios, antes como víbora y basilisco muerde á quien se los hace. Todas las criaturas, dice san Agustín, ¿qué son sino unas voces de Dios? Esas da el cielo, diciendo: Mira, hombre, cuántos años há que doy vueltas para tu provecho. El sol dice: Yo te sustento y abrigo, y tras eso, te alumbro; yo te pinto la tierra de varios colores de yerbas y flores para tu regalo y recreacion. La tierra dice: Yo te doy la yerba verde, la mies granada, la fruta madura, los árboles crecidos y las frescas legumbres. La mar: Yo te crio los pescados regalados. Pero á todas las voces somos como los puercos, que comen sin alzar la cabeza á mirar quién les da la comida; de que se queja Dios por Esaías: El buey, animal basto y grosero, y el asno, torpe, agradecen y reconocen á sus dueños y lo que de su mano reciben para su sustento, y mi pueblo no me reconoce á mí, que tantos y tan innumerables beneficios le hago.

Pero no por esta ingratitud y ceguedad deja Dios de tentar otros caminos para llamarnos á sí; y porque estas voces son oscuras para los hombres, que tan ciegos y sordos están á ellas, llámanos con la predicacion de todas las criaturas, que, segun dice David, á todas las naciones, por bárbaras que sean, predicán la gloria de Dios. Y san Pablo dice que lo que de Dios no se ve por vista de ojos, se conoce por sus criaturas; para esto fueron criados los cielos, la tierra y la mar, los elementos, el infierno, la vida, la muerte, salud, enfermedad; para eso es toda la Biblia, desde la primera palabra, que dice que en el principio crió Dios el cielo y la tierra; y en aquella palabra Dios dice en el hebreo, los jueces; y al cabo del *Apocalipsi* dice que viene con priesa á tomar cuenta. En el cuerpo della hay voces para todos: para reyes, para príncipes, para cortesanos Esaías, para prelados Ezequiel, para pastores Amós, Jeremías para

vasallos, Daniel para reyes, Jonás para pertinaces, Josías para desobedientes, David para nobles, san Pedro para desconocidos, san Pablo para atrevidos á la Iglesia, la Madalena para deshonestos, san Mateo para trampistas. En ella hay tanta variedad de figuras, metáforas, parábolas, versos, prosas, todo para conquistar un alma libre; porque, como san Pablo dice, todas las cosas que están escritas, para nuestra doctrina están escritas; para esto ordenó Dios los estados en las repúblicas tan diversos; para eso hay reyes, prelados, grandes, medianos y pequeños, ricos y pobres; para eso cortes, concilios, audiencias, consejos, justicias, gobiernos; para eso guerras, motines, paces, victorias, sucesos prósperos y adversos; para eso son los predicadores que con tiempo y cuidado dice Dios que envia por Jeremías, madrugando para enviallos; para eso misas, sermones, iglesias, sacramentos, papa, obispos, imágenes, clérigos, frailes, monjas, casados y viudas; finalmente, todo lo criado es munición para conquistar con suavidad un alma. Todas las cosas, decia san Pablo, son vuestras, ora sea Pablo, ora Apolo, el cielo, ángeles, infierno, porque todo lo endereza Dios para llamarte y traerte á sí; porque, fuera de las criaturas mudas, que quiso que nos hablasen cada una en su manera, ordenó los ángeles; de quien dice san Pablo que son ministros de los que han de salvarse, y para eso enviados al mundo; á los hombres encargó que llamasen al pecador con la correccion fraterna, con el buen consejo, con el beneficio y con perdonarle la injuria; los demonios y el infierno sirven de llamarnos; todas son diligencias de Dios para negociar nuestra voluntad. No hay David tan diligente para aplacar á Saul y negociar-le su voluntad con arpa y cabezas de filisteos. Cuando le pudo matar, cortóle la ropa, para que Saul se acordase que ya le debía la vida á David, pudiéndole matar á su salvo, y importunado de su gente que lo hiciese. Ningun medio deja este divino David y celestial para ganarnos, ni cabezas de turcos ni vidas de herejes; otras veces, cuando teniamos bien merecida la muerte, envia una enfermedad, que es cortar un poco de la ropa. Llévase de un pueblo siete ó ocho mil hombres, corta de Sevilla un pedazo, de Toledo otro, de Granada otro, otro de Inglaterra, otro de Flándes, para que le agradezcamos que no nos desposee del todo, como lo merece nuestra dureza y pertinacia; y para quitar ó templar esta melancolía nos tañe con arpa la consonancia de su justicia, clemencia, celo, religion, valor y real presencia de nuestro Rey y Señor; y así, con todo lo que él es y sus criaturas procura negociarnos.

Cuando el pecador cierra los ojos y las orejas á tantos bienes y voces, usa Dios de mas fuertes inspiraciones dentro del alma, que son, como dice Jeremías, un vivo fuego; unas veces enciende en amor el corazón y le regala, otras le amenaza y le espanta con sus pecados y con las penas que por ellos le tiene aparejadas; y desta manera anda con él mudando medios, y el pecador mas endurecido cada día. Pues cuando nada aprovecha, ni beneficios soberanos de cuerpo y alma, que á las fieras suelen amansar, ni la hermosura de lo criado y las maravillas del mundo, ni lo que ellas predicán, ni los profetas y predicadores, ni las inspiraciones interiores,

que por bien y por mal convidan al alma; en este caso viene Dios á los trabajos como último remedio, aunque contra su voluntad, por desengañar la nuestra. Estas son las plagas, enfermedades, pobreza, destierros, deshonras y otros trabajos; que así hacemos los hombres, cuando uno está tan dormido, que á voces no podemos despertarle, le despertamos á golpes; así despertó y trujo á conocimiento á los hermanos del patriarca Josef, con las aflicciones que en Egipto padecieron, hasta decir: Justo juicio de Dios son estos trabajos por lo que ofendimos á Dios y á nuestro hermano; veis aquí nos toman cuenta de su aflicción y de su sangre, él nos rogaba con lágrimas, y no le oímos; por eso nos aflige Dios. Los que no oyen á Dios, ó hacen como si no le oyesen, con estas cosas les despierta. Grande es el ruido que trae un hombre en sus oídos cuando anda metido en el del mundo; mucho hace andar á Dios para atraelle, y este es el mas eficaz camino. Job decia: Señor, hasta agora os conocia de oídas, no llegaban á mí mas de las nuevas (con ser tan justo, solo por la mucha riqueza que tenia); agora os ven, Señor, mis ojos, y por eso me reprehendo y hago penitencia con ceniza y cilicio. Hace Dios esta diligencia como piadoso padre de los hombres; porque, no solo vamos á él como quiera, sino con codicia, como el padre que tiene un hijo pequeño y desea que le cobre amor y se venga á él, no se contenta con llamarle, mas manda á los criados que le espanten y aun le azoten; y así, gusta de verle venir llorando y abre los brazos y le regala; así lo manda Dios á sus criaturas, que alijan al hombre despegado de su amor; para este fin dice san Gregorio que para que saliesen los hijos de Israel con mas gana de Egipto, no se contentaban con que Moises los llamase, sino que los egipcios los echasen. Así no se contenta el Señor con llamarnos y convidarnos con el cielo, sino con afligirnos en esta vida, porque de mejor voluntad procuremos la otra; porque nuestra torpeza y el poco sentimiento de los verdaderos bienes llega á hacernos de la condicion de algunas bestias de camino, que para que salgan, como dicen, de haron, es necesario llamarlas de delante con la comida y darlas de palos y aun avivarlas con la espuela; así ordena Dios que, demás de que él nos convida, nos eche el mundo de sí con malos tratamientos; dícelo san Gregorio: Los males que aquí nos aprietan nos compelen á ir á Dios; dícelo san Ponciano por estas palabras: Obra es maravillosa de la divina dispensacion que los buenos sean fatigados con tribulaciones, para que al tiempo que la verdad los llama por amor, el mundo por su parte con tribulaciones los arroje de sí, y que tanto mas fácil y ligeramente salga y se aparte del amor deste mundo, cuanto mas le arrojan adonde le llaman. Deste medio usó Absalon cuando, queriendo Joab venir á su llamado, le mandó pegar fuego á su trigo, para que con este trabajo viniese; así hace Dios cuando no venimos á su amor, pegar fuego á nuestra hacienda y contentos; lo cual vemos por experiencia que suele en algunos aprovechar, como lo declara san Gregorio en la homilía de los convidados á la cena; cuando el Rey manda que traigan los convidados por fuerza, dice este santo: Después que en el mundo no podemos alcanzar lo que queremos, después que de

la imposibilidad quedamos cansados en los deseos terrenos, entonces nos volvemos á Dios, entonces comienza á agradarnos lo que nos enfadaba, y á parecernos dulces en la memoria los mandamientos que antes en ella nos amargaban; porque aquella alma que, procurando hacer á Dios traicion con todas sus fuerzas, no pudo salir con ello, determina de serle fiel esposa; luego los que, quebrantados con las adversidades de este mundo, vuelven al amor de Dios corregidos de los deseos de esta vida, ¿qué son sino los compelidos á entrar en la cena? Hasta aquí san Gregorio. Esta fué la causa por que quiso que fuese esta vida trabajosa; porque, con ser tal cual es, la amamos tanto y fácilmente le olvidamos, ¿qué hiciera si no lo fuera? En los *Números* se quejaban los del pueblo que el desierto era tierra estéril y de mala vista; pues si fuera fresca y deleitosa, allí se quedarían; por eso la hacia Dios trabajosa; así hace á esta, porque con mas priesa y codicia pasemos á la otra; la cual si tuviésemos por último fin respeto de la presente, todo nos parecería poco y vil lo que acá perdemos; cuando vamos á Sevilla con deseo y amor, y parecen en el camino las torres de Osuna ó de Marchena, ¡qué bien nos parecen! No por ellas, sino porque son camino para Sevilla; mas en llegando á ellas, cuanto era el deseo de llegar cuando las descubrimos, tan grande lo es después de perdellas de vista y dejallas muy atrás; porque, cuando mas nos apartamos, tanto nos acercamos mas donde deseamos; así las cosas desta vida, salud y honra y bienes temporales, cuando se desean por Dios, bien parecen en el deseo; pero en teniéndolas, desea el justo salir dellas y perderlas de vista, porque el paradero donde va es Dios, y todo lo demás era camino, y tanto cuanto ello queda mas atrás y lejos de nuestra memoria y deseo, tanto mas nos acercamos á Dios.

Este pues es el fin que nuestro Dios tiene, cuando al malo envia trabajos en esta vida, que es todo amor y misericordia, y tanto mayor cuanto mas indigno es el pecador de tantas maneras como Dios tiene de llamarle y esperarle, cuantas ha usado antes del trabajo, que es la última que por su bondad quiso que lo fuese, y la mas eficaz para abrir los ojos y despertar al amigo de su cama y regalo. Por este camino entraron siempre muchos y muy obstinados pecadores á la penitencia y se volvieron á Dios; por aquí entró David, que decia: Haced misericordia de mí Señor, porque estoy muy atribulado; por aquí aquel rey soberbio Nabucodonosor, que se queria alzar contra Dios, diciendo que él habia con su poder edificado á la gran ciudad de Babilonia; y no habia acabado las soberbias palabras, cuando le fué notificada aquella brava sentencia en que fué condenado á ser bestia con las del campo, después de quitado el reino, desterrado del poblado, á comer heno con las demás bestias por siete años, hasta que reconociese que Dios era el Señor de todos los reinos, y el Rey que puede darlos y quitarlos cuando quisiere; la cual luego se ejecutó á la misma hora; y al cabo del tiempo reconoció, volviéndole sus sentidos, el poder y majestad de Dios, como el texto dice; y concluye el capítulo con las palabras de su confesion, diciendo: Agora yo, Nabucodonosor, alabo y engrandezco y glorifico al Rey del cie-

lo, porque todas sus obras son verdaderas y fieles y todos sus caminos son juicio, y confieso que no hay hombre tan soberbio, que no le pueda Dios humillar y abatir. ¿Quién humilló á aquel rey Antioco, tan soberbio enemigo del pueblo de Dios, y le hizo venir á desengañarse y decir aquellas palabras: Bueno es sujetarse á Dios, y que el hombre mortal no se ponga á tú por tú con Dios, ni se iguale con él, sino el trabajo que le envió? A Manases, que habia regado á Hierusalen con sangre de profetas, ¿quién le hizo volver á Dios sino verse cautivo? Pues á Naamam Siro, ¿quién sino su lepra? Al régulo del Evangelio, la enfermedad de su hijo? Por esta puerta entró san Francisco por una enfermedad, y por la mesma infinitos pecadores que sabemos, y otros que no sabemos. Porque, como la experiencia aun nos lo enseña, lo que no puede acabar contigo un sermón del mejor predicador del mundo, acaba una enfermedad y un trabajo, una viudez, una muerte de un hijo, ó cualquiera otro semejante; entonces parecen las cosas de otra color, allí se mudan los pensamientos y se tiemplan los deseos, allí se comienzan á descolgar las tapicerías, se moderan las comidas y los vestidos son mas honestos; entonces se abaja la voz, se cierran las ventanas y se acaban las locas conversaciones, y se dicen sentencias graves; entonces se comienza la verdadera filosofía, se estima todo lo mundano en lo que es; entonces se piensa cuán breve es esta vida, cuán mudable su gloria, cuán engañosos sus contentos, cuán locos los que se andan tras el mundo vano; y si hacen algunos de los valientes y disimulados, no es culpa del trabajo, sino de su mal corazon, á los cuales compara san Juan Crisóstomo á los que vuelven la purga y truecan lo que han comido; lo cual no es culpa de la purga, sino del mal estómago; así es acá culpa del corazon, y no del trabajo, que esta virtud tiene para sanar la locura del mundo y sacar dél á los hombres y traellos á su Dios; así lo decia David: Hinche, Señor, sus caras de ignominia y afrenta, y andarán á buscar tu nombre. Y en otra parte, cuando los mataba y maltrataba, le buscaban, iban y venian, y madrugaban para venir á él. Este remedio daba el mesmo Dios á la esposa que dejaba su cama y se le iba á buscar otros contentos: Yo te atajaré tus caminos con espinas y abrojos; como quien dice: Mis punzaduras te harán volver á mí; y si no, dígalo cada uno y meta la mano en su pecho, si ha habido cosa que mas de veras le haga volverse á Dios que el trabajo en que se ha visto.

Pero llega á tanto la dureza y obstinacion de algunos, que, así como no sienten los bienes ni los recaudos que Dios envia por todas las criaturas, por los profetas y predicadores, así no les hace el trabajo mella en sus pecados, discípulos de aquel mal rey Faraon, que todo se probó con él, y así murió proterbo y duro en mitad de los trabajos y plagas, que es uno de los mayores dolores que puede haber en la tierra. San Crisóstomo no puede acordarse dello, sino con lágrimas en los ojos: ¡Ay dolor! (dice el bienaventurado san Juan Crisóstomo) que esto me tiene en perpetuo llanto y lágrimas, que ni esto aprovecha para ablandar la dureza del pecador. Dime, ¿qué no ha hecho Dios para que le amés? ¿Qué invencion ha dejado? Nosotros le ofendemos sin merecerlo él;

antes, habiéndonos hecho millones de secretos beneficios y mercedes, volvimosle las espaldas; estándonos llamando y convidando, antes rogando, y aun así no nos castiga; antes el acudió y se llegó, y en medio de nuestra atrevida resistencia nos detuvo, y nosotros le dejamos la palabra en la boca, y escapados de sus manos, nos pasamos huyendo al demonio, y no por esto dejó él la impresa; antes nos envió seiscientos profetas, ángeles y patriarcas; pero nosotros, no solo no admitimos la embajada, antes injuriamos los embajadores cuando la daban; él todavia no por eso nos despidió; antes, como los que aman mucho y son despreciados, anduvo cercando cielo y tierra y quejándose á todos y ayudándose de todos, y aun yendo él mesmo con los profetas, y diciendo que lo tomasen cuenta, que queria ser examinado cerca de su negocio dellos, y trabando pláticas y razones con los mesmos, aunque duros y sordos, diciendo: Pueblo mio, ¿qué te he hecho yo? ¿En qué te he ofendido? ¿En qué te he dado pena? Respóndeme. En todo esto matamos los profetas, apedreamoslos y hicimos otros infinitos males. Pues dime, ¿qué hizo él en retorno de todas estas cosas? ¿Qué? Que envió, no ya profetas ni ángeles ni patriarcas, sino su mesmo Hijo unigénito, y á este en llegando quitaron la vida. Hecho esto, no se apagó su amor, antes quedó mas encendido; porque aun el Hijo muerto, todavia persevera amonestando, rogando y como puesto de rodillas, pidiendo que nos volvamos á él; y sobre esto san Pablo da gritos con estas palabras suavísimas: Mirad que somos embajadores de Cristo, con poderes tan cumplidos como si el proprio en persona os amonestase; así lo hace por la nuestra, pues como legados suyos y en su nombre os rogamos de rodillas que seais sus amigos, y con todo eso, no aprovecha con nosotros; pero ni aun él nos desampara por eso, mas antes persevera, ora amenazando con los infiernos, ora convidándonos y prometiendo su gloria y reino de los cielos, para que si quiera por aquí nos ablandemos, pero ni por esas lo hacemos, sino como unos hombres fuera de sí, ni una palabra ni un pensamiento le volvemos de amor; ¿qué mayor bestialidad? Porque si de un hombre como nosotros hubiéramos recibido estas cosas, ¿qué agradecimiento le tuvieramos? Qué de ofertas le hicieramos? Qué de veces le ofrecieramos honra, vida y hacienda? ¡Oh Señor Dios inmortal, cuánta es nuestra flojedad, y cuánta nuestra ingratitud? Cada hora pecamos, siempre nadando en pecados; y si alguna vez hacemos alguna cosa poca del deber (á fuer de malos esclavos ingratos), no hay mercader que hasta la última blanca cuente lo que le deben, como nosotros examinamos esa miseria de bien que hacemos, congojados y cuidadosos de la paga, cuanto nos dabas por lo que por tí hicimos. Hasta aquí son palabras del bienaventurado san Juan Crisóstomo, el cual ponderara mas nuestra dureza si contara haber Dios puesto al pecador en el potro de los trabajos; que á este fin dice Esaiás que nos pone Dios en el tormento para quitarnos el estaño y la escoria del pecado, y todavia duros y rebeldes como muchos lo están, semejantes á las bestias que poco antes deciamos que ni bastan silbos ni espuelas ni palos para hacerlas mudar de un lugar, algunas se dejan allí hacer

E.xvi-1.

pedazos y moler á palos. Y si preguntáre alguno de qué sirven en estos tales los trabajos que Dios les envia, se responde que sirvan de principio de las penas que para siempre por ellos han de padecer en el infierno. San Gregorio dice: La pena presente, si convierte el alma del afligido, es fin de la culpa pasada, pero si no la convierte al temor de Dios, antes es principio de la pena que se ha de seguir; lo mismo dice Crisóstomo, y que es aun doblada pena; lo mismo dice san Hierónimo que no castiga Dios dos veces un pecado; entiende cuando hay conversion de otra manera, si estos tales son los que Dios arroja de sí, porque no le queda medio ni misericordia que usar con ellos. Por estas palabras lo dice claro el profeta Jeremías: Ya se han quebrado los fuelles y el plomo se consumió en el fuego; por demás ha sido y perdido el trabajo del fundidor, porque las malicias destos no se quisieron consumir; llamaldos plata falsa y reprobada, porque el Señor los arrojó de sí. Esta es una de las señales de reprobacion, cuando uno no se ablanda viniendo Dios al postrer remedio, que es los trabajos. Esto llama el profeta Jeremías plaga de enemigo, porque el castigo comienza desde acá. San Agustín dice sobre el *Deuteronomio*, declarando aquellas palabras: El fuego se encendió en mi furor y arderá hasta lo último del infierno; dice el Santo: La venganza aquí comenzará, y arderá hasta la extrema condenacion. Y el santo Job dice: Vi los que hablan maldad, siembran trabajos y dolores, y al cabo los vienen á segar; de aquí comienzan sus tormentos, y los siegan en la otra vida; y es muy propria la metáfora que, aunque acá sean pocos como en sementera, son allá multiplicados como en siega. Ejemplo desto fué Antioco rey, que, después de tanta soberbia, vino á morir comido de gusanos, que el mesmo no podía sufrir su hedor. Lo mesmo Heródes el que mató á los inocentes, y el otro Heródes que mató á Santiago; y en nuestros tiempos hay muchos que mueren así, impacientes, blasfemando de los trabajos y del Señor, que selos envia, hasta que despiertan en las penas del infierno, que con sus impaciencias y blasfemias comenzaron desde acá á padecer; y esta es la causa en estos de enviarles Dios los trabajos, cuando para su conversion, por su culpa, no les fueren de provecho.

DISCURSO VII.

De las razones por que affige Dios con trabajos en esta vida á los buenos.

Llegado hemos á uno de los puntos principales que este libro pretende, que tanto cuidado dió siempre á todas las naciones y tanto ha espantado al mundo; y aun David queda en un salmo desconfiado de poderlo entender hasta ver el fin, llegado al santuario de Dios, donde tiene su morada, que es en el cielo; aunque otros entienden por el santuario la Iglesia católica, donde reside la verdad de Dios; y lo uno y lo otro es verdad, porque en la gloria se sabrá esta dificultad perfectamente en el Verbo divino con las demás verdades, y entre tanto se entiende en la iglesia militante, en el punto que es necesario para informacion de los fieles que han de salvarse, y es la dificultad por qué razones affige Dios en esta vida á los buenos, pues no por pecados, pues son buenos, ni por atraellos á sí como á los malos,